

Raíces en el Equipaje

Fragmento X

Greiz, febrero de 1921

He dado uno de los pasos más importantes en la vida de un hombre: me casé. Ya todo es pasado, y me parece sorprendente que haya sucedido tan rápido. Estos dos meses se fueron volando, y de pronto me encontré con una novia del brazo, parados frente al altar en la pequeña iglesia de nuestro barrio. No recuerdo casi nada de esos instantes, estaba tan nervioso, que no retuve las palabras del pastor, ni las múltiples manifestaciones de afecto de nuestros parientes y amigos. Sólo recuerdo que Elfriede llevaba un sencillo vestido blanco y un velo que enmarcaba su rostro diminuto y solemne. Me aferré a sus ojos, que se me presentaron como el remanso de paz que tanto necesitaba.

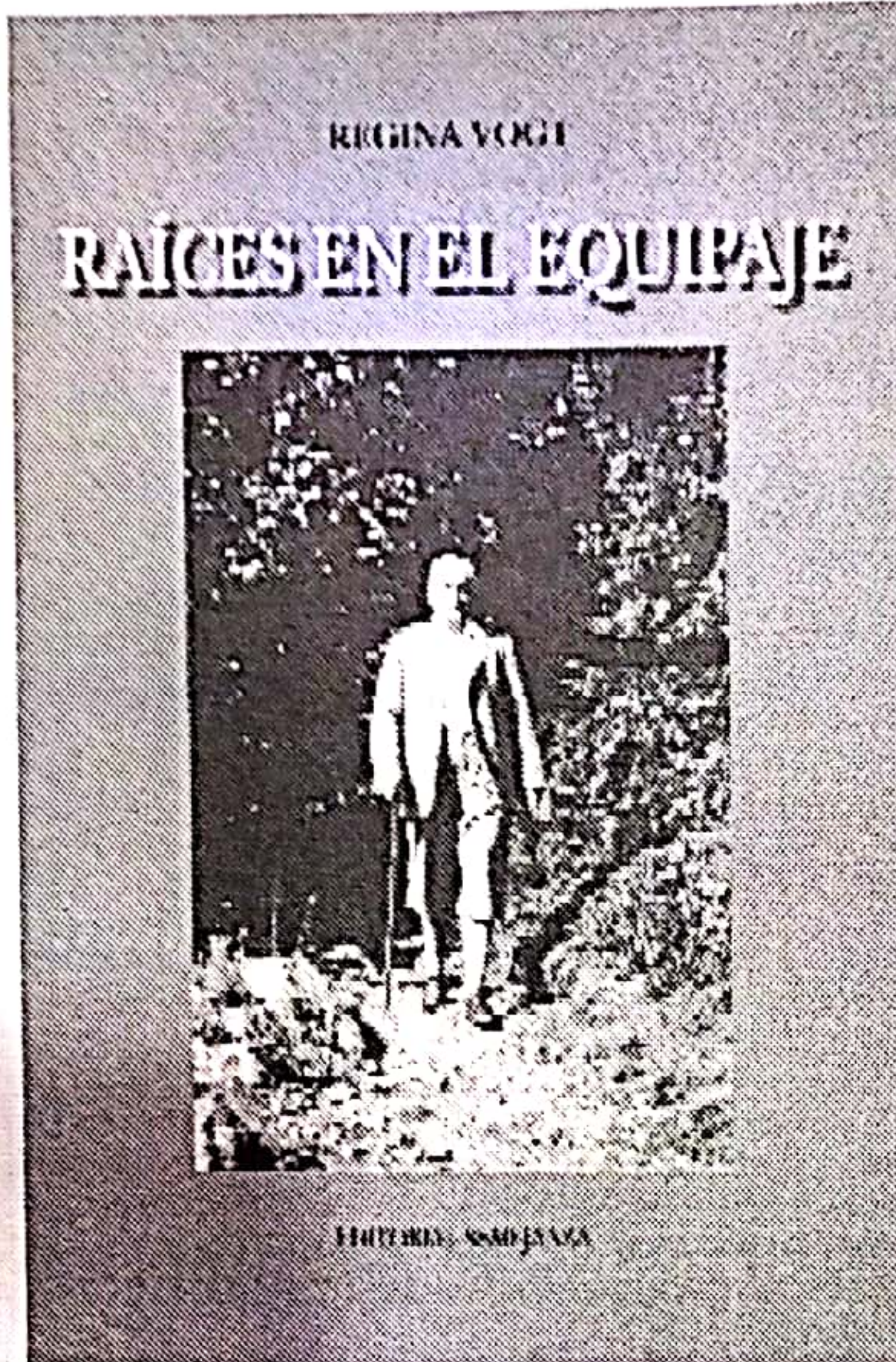
En casa de mis suegros hubo una modesta recepción, sólo para los parientes más cercanos. Los tiempos no ameritan gastos exagerados; y ningún bolsillo resistiría una fiesta en grande. Además, nuestro deseo es celebrar nuestro matrimonio también en Bolivia, para introducir a Elfriede en el círculo de mis amistades. Las hermanas de Elfriede estaban radiantes: Gertrud no podía dejar de guiñar el ojo en forma maliciosa; sus sospechas acerca de nosotros habían sido fundadas. Ahora tengo tres cuñadas maravillosas; realmente son encantadoras. Mis hermanos también estaban presentes; ambos están de novios. Por lo tanto, este año habrá tres matrimonios en mi familia; todos los varones nos convertiremos en flamantes esposos.

Tuvimos sólo dos días para disfrutar de nuestro nuevo estado. Mi regreso a Bolivia me urge, debo volver cuanto antes a la mina. Compré un pasaje en un barco holandés. Estas líneas las escribo en el tren que me lleva con rumbo a Amsterdam. Tengo el corazón un tanto afligido: no es fácil casarse y partir de inmediato. Mis parientes me miraron como si fuera loco, cuando les dije que ya me iba. Por suerte Elfriede comprendió y no puso dificultades. Sé que también se ha quedado muy triste; pero la esperanza de reunirnos pronto, y la ilusión de realizar por fin el tan anhelado viaje, la han consolado. Nos despedimos en su casa, no quise exponerla a una escena dolorosa en la estación del tren. Ahora tendrá tiempo para completar su ajuar y todo lo que necesite. Espero con ansias poder recibirla muy pronto en lo que será nuestro nuevo hogar.

Bolivia, abril de 1921

"Un hombre sin patria es como un arbusto arrancado. Arrastra sus raíces detrás de sí". Esta expresión de Knut Hamsun se me ha venido a la mente en estos últimos dos meses. Yo soy así, y, tal vez, peor; puesto que lo que consideraba mi patria ya no existe. Tendré que crearme una nueva aquí en estas latitudes; trataré de echar raíces de la mano de mi esposa. Nuestro hogar será nuestra nueva patria, si Dios así lo permite. Elfriede escribe con mucha nostalgia; aunque trata de poner notas divertidas en sus cartas, su deseo de reencontrarnos es superior a sus fuerzas. Estoy trabajando duro para poder enviarle luego el pasaje. Encontré un buen trabajo en la mina Huanuni. Ahora soy el director de este lugar. Estoy acondicionando la casa principal, para que quede lo más confortable posible. Espero que mi pobre Elfriede no desespere cuando vea lo sencillo y rústico que es todo por aquí.

Antes de relatar cómo logré ubicarme en este buen trabajo, quiero escribir algunas impresiones de mi viaje de regreso. Como ya dije, me embarqué en Amsterdam. Viajé en segunda clase y con mucha humildad: qué distinto había sido mi primer viaje hacia Sudamérica en 1912. En aquella oportunidad iba en primera clase; el boleto lo había pagado mi empleador desde Bolivia. Iba lleno de optimismo y energía: el mundo era para conquistarlo. Ahora también tengo fuerzas, pero ya no soy tan joven, tengo la responsabilidad de una esposa; y, sobre todo, el mundo ha cambiado mucho. Los alemanes estamos luchando para readecuarnos a estos nuevos tiempos. En el barco iban muchos compatriotas que le dieron la espalda a la patria, en busca de un nuevo horizonte. Muchos de ellos estaban amargados; otros, llenos de un falso optimismo y de ideas románticas acerca de Sudamérica.



Piensen que sólo tendrán que estirar la mano para recoger el dinero a manos llenas. Creen que, por el solo hecho de ser europeos, se les abrirán todas las puertas. No saben que en todas partes hay que trabajar duro para lograr algo, y demostrar que uno es más que un rostro blanco con cabello claro. No valía la pena sacarlos de su error: estaban tan convencidos de su poder; que sólo se hubieran reído de los que habíamos vivido algo más que ellos. A lo más, pensarían que les teníamos miedo y no queríamos competir con ellos. Mentalmente dividí el grupo de emigrantes en dos: los que lograrían algo a fuerza de valor y trabajo abnegado, y los que serían derrotados y engañados por distintas circunstancias. Desgraciadamente, el segundo grupo era bastante más numeroso.

El barco llegó a Buenos Aires. Allí debí esperar hasta que arribase también mi equipaje, que, por equivocación, había sido despachado en otro barco. Por suerte llegó todo sin novedad, y pude emprender el regreso definitivo hacia Bolivia. Viajé en tren hasta La Quiaca, y desde allí tuve que cabalgar durante cuatro días hasta la frontera con Bolivia. Estas cabalgatas solitarias siempre dan cabida a muchas reflexiones. Había pasado casi un año desde que hice el

camino inverso, acompañado por mi amigo Harms. Los temores que sentí entonces acerca de mi patria, habían sido fundados. Todo cambió radicalmente. Ahora sé que mi infancia y mi juventud pertenecen a la patria vieja, y van a ser parte de la historia, al igual que la Alemania Imperial. La nueva Alemania tendrá que crecer sin mí; por el momento prefiero estos lugares más primitivos, que aún no pierden del todo su autenticidad.

En Bolivia seguí mi viaje. Tomé el tren que me llevó hasta Oruro. Una fresca mañana de abril volvía a pisar la pequeña ciudad que ya estaba extrañando. Ya no era el solitario aventurero de antaño, y ya no me deprimí al ver las casas de un piso, aferradas al polvo y soñolientas. Ahora mi corazón tenía dueña y me sentí importante en mi papel de esposo en vías de preparar el nuevo nido. Estaba absorto en estos pensamientos, cuando sentí una mano en el hombro:

-¡Señor Brehm! ¡Por fin ha llegado! Lo esperábamos hace algunos días. ¿No recibió el telegrama que le enviamos a Buenos Aires?.

Era don Máximo Navas, inspector general de las minas de Patiño. El mencionado telegrama debió haberse perdido; nunca fueron muy expeditas las comunicaciones por estos lados. Con notorio entusiasmo, don Máximo me dijo:

- El señor Patiño quiere que se traslade de inmediato a Huanuni; desea que tome la dirección de la mina.

- Tendré que meditar al respecto - contesté lo más frío posible, como si no tuviese mucha urgencia del empleo - . Además, debo inspeccionar primero, la mina; para determinar si vale la pena intentar el esfuerzo.

Mi aparente desinterés era una máscara; por dentro me invadió una sensación de júbilo y triunfo ¡Huanuni!. Se trataba de la segunda mina más importante de Patiño, y el puesto de gerente realmente era una gran oportunidad. En cuanto me hube instalado en un hotel de Oruro, subí a ver la mina. Acostumbrado ya a evaluar con un par de miradas la situación, constaté de inmediato que se trataba de un gran mineral. Por medio de una administración eficiente, aquí se podrían lograr considerables ganancias. Por supuesto que tuve que regatear con Patiño por mi remuneración; pero al final conseguí un contrato más que aceptable. Ganaría lo suficiente como para poder ahorrar una gran parte de mi sueldo. ¡Pronto le podría enviar el pasaje a Elfriede! Le telegrafíe la buena noticia, y le pedí que se fuese aprontando para el viaje.

(Continuará)

REGINA VOGT BREHM (1954-Santiago de Chile). Poeta y escritora.